

Ensayo

Educación superior: estándares para una inteligencia colectiva

Lic. Alejandro Giuffrida | Rector de la Universidad Champagnat

Periodista y comunicador graduado en la Universidad Nacional de Lomas de Zamora. Maestrando en Historia por el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín (IDAES-UNSAM). Se especializa en el campo de la educación y la comunicación. Actualmente investiga el surgimiento de la Universidad Obrera Nacional (UON) y su política de expansión territorial. Ha publicado artículos en revistas académicas y fue evaluador de publicaciones extranjeras sobre historia argentina. Rector de la Universidad Champagnat y Presidente de la Asociación de Universidades de América Latina y el Caribe (Aualcpi). Investigador del sistema de Ciencia y Tecnología del Ministerio de Educación de la Nación Argentina. Docente de grado en universidades públicas y privadas. Socio Fundador de la Agencia de Comunicación Política «PolTech». Consultor y capacitador en planeamiento estratégico, comunicación y desarrollo institucional. Colaboró en proyectos de universidades públicas, privadas, organismos del estado, partidos políticos y asociaciones internacionales. Editor e investigador en libros y publicaciones.



Palabras clave: Educación superior - Educación virtual - Inteligencia colectiva - Autonomía

Keywords: Higher education - Virtual education - Collective intelligence - Autonomy

Dirección electrónica: giuffridaalejandro@uch.edu.ar

Resumen

Los aún incalculables efectos de la pandemia han generado masivos cambios en el nivel superior universitario que, luego de un diagnóstico inicial de los mismos, dan cuenta de una serie de nuevos desafíos que el sector debe encarar en los próximos años. Por un lado, se evidencian transformaciones en materia de gestión educativa; mientras que en paralelo se redescubren estrategias que las instituciones pueden adoptar para generar un impacto dentro de las aulas, combinando la potencialidad de la virtualidad, con el uso de nuevas tecnologías y con el aporte que la investigación y la extensión pueden generar. Las distintas dimensiones abarcadas son atravesadas además por el concepto de inteligencia colectiva, apelando a la importancia de debatir y analizar el futuro de la universidad en la región en clave de asociatividad y cooperación, sin desconocer la importancia del sostenimiento de la autonomía de las instituciones.

Abstract

The still incalculable effects of the pandemic have generated massive changes in the higher university level that, after an initial diagnosis of them, reveal a series of new challenges for next years. On the one hand, there are transformations in the field of educational in management level; while institutions rediscovered strategies that can adopt in order to generate an impact within the classroom, combining the potentiality of virtuality, with the use of new technologies and with the contribution that academic research and extension can generate. These different dimensions are also crossed by the concept of collective intelligence, appealing to the importance of debating and analyzing the future of the university in the region in terms of associativity and cooperation, without ignoring the importance of «autonomy» in institutions.

Introducción

Este ensayo repasa los principales ejes con los que se diseñó la disertación «Educación superior: estándares para una inteligencia colectiva» destinada a brindarse en el marco del Programa Multidisciplinario de Formación en Inteligencia Artificial, Vertical Educación (Facultad de Derecho, Universidad de Buenos Aires). Para su abordaje teórico, y ante cierto déficit de material bibliográfico vinculado a la temática, se hace referencia a lecturas relacionadas con experiencias de inteligencias colectivas, innovaciones en materia de educación superior y desafíos en términos de formación docente.

Se incluyen además perspectivas propias, surgidas a partir de diálogos y enfoques en los que tengo el gusto de participar desde mi rol en la presidencia de la Asociación de Universidades de América Latina y el Caribe Para la Integración (Aualcpi) que, como Rector de la Universidad Champagnat, me complace ocupar.

Al cierre de ambos apartados se sugieren algunas consideraciones generales e interrogantes que quedan pendientes de resolverse.

¿Es posible construir una inteligencia colectiva en el nivel universitario?

Cuando la pandemia finalmente llegó a la región y, con ella, las cuarentenas y virtualizaciones de las actividades sociales, las instituciones educativas nos dimos a la tarea de preparar el territorio digital donde iban a transitar los estudiantes durante un tiempo incierto y, en paralelo, a capacitar a nuestros docentes y personal de apoyo para poder continuar ofreciendo un servicio educativo con pisos de calidad.

En la Argentina, el nivel superior universitario hizo una transición casi automática: unas pocas universidades se tomaron una semana para pasarse plenamente a la virtualidad; la gran mayoría pudo comenzar al lunes siguiente -de la disposición nacional de aislamiento social- a garantizar una continuidad en las clases (con deficiencias, claro). Nuestro país funciona con estándares de acreditación del sistema universitario que lo posicionan, en esta materia, por encima de la región, garantizando cierto piso desde donde se parte para el cursado de un grado o posgrado. Muchas de nuestras universidades ya tenían su Sistema Institucional de Educación a Distancia (SIED) acreditado ante la Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria (Coneau), lo que nos dio un marco de acción, un protocolo de funcionamiento, un esquema de evaluación posible y un campus donde trasladar la masividad de la presencialidad (Barbieri, 2020).

Con relativos marcos de estructuras saldadas, el desafío fue, es y seguirá siendo cómo capacitar a nuestros docentes para esta nueva realidad, de la cual sabemos que comenzó en términos de masividad en marzo de 2020, pero aún desconocemos a qué puerto llegará. Es decir: nadie duda que la bimodalidad, la asincronía en un campus, la videoclase, el moodle, etcétera seguirán estando con mayor o menor protagonismo en la universidad; lo que desconocemos es en qué nivel estará presente cada elemento y cuánto de la virtualidad permanecerá en la formación superior cuando lo peor de la pandemia haya pasado.

Los profesores universitarios muchas veces son docentes sin formación pedagógica (al menos formal), profesionales que toman una cátedra por su expertise en el tema, pero que no han tenido trayecto en un profesorado. Esto obliga a tener recursos de apoyo con mucha dedicación y compromiso en las universidades, para ir dando capacitación y acompañamiento al claustro docente. Con la pandemia, esta necesidad se multiplicó considerablemente.

Uno de los déficits que tuvo nuestro sistema fue la coordinación interuniversidades para dar respuesta a la virtualización masiva. Todas las instituciones nos hemos dado a la tarea de capacitar a nuestros docentes, con distintas estrategias, pero todos más o menos en los mismos campos. Cómo dar una clase a distancia, cómo usar un campus virtual, cómo grabarse, cómo mediar contenidos, cómo evaluar, cómo trabajar con documentos compartidos, cómo usar los sistemas administrativos virtuales.

El extendido concepto de inteligencia colectiva podría aportar sustancialmente frente a este desafío que continúa desvelándonos. Un cluster (se define como una concentración de empresas e instituciones interconectadas en una actividad específica que desarrollan, cerca geográficamente unas de otras) de instituciones, con distintas trayectorias y potencialidades, puede generar ciclos de capacitación más asertivos, donde las temáticas se dividan entre las fortalezas de cada una de ellas y los docentes circulen por un trayecto general, autoadministrado, que exceda a su propia universidad y que certifique competencias digitales consensuadas por ese conjunto académico/institucional. Una formación coral o, en términos de Norman Lloyd Johnson, una inteligencia simbiótica. Como casi todas nuestras universidades ya han generado sus capacitaciones, en este caso se trata de unir voluntades principalmente.

Este punto conecta indefectiblemente con un segundo aspecto: tanto en formación conjunta de docentes como en trayectos académicos regulares de nuestros estudiantes de grado y posgrado, las universidades disponemos (aún sin saber el valor que esto tiene) de un conglomerado anonimizable de información de conducta de nuestros estudiantes y profesores en las plataformas de educación a distancia, que en una única institución puede aportar algunos *highlights* pero que sumando los cientos de miles de perfiles de un cluster regional conformaría un dataset (es una colección de datos habitualmente tabulada y sistematizada) de inestimable valor. Aplicaciones de big data (es un término que describe el gran volumen de datos – estructurados y no estructurados – que inundan una organización todos los días. El big data puede ser analizado para obtener insights que conlleven a mejores decisiones y acciones estratégicas) y elaboración de IA son el paso siguiente para cuando esta inteligencia individual primero se transforme en colectiva y, luego, se automatice en su funcionamiento. Las escalas para este tipo de desarrollos nunca fueron suficientes para una única institución (salvo las grandes universidades), pero ahora podrían ser factibles si se trabaja en conjunto. Esto no reemplaza los docentes, los potencia.

Sobre este último aspecto, hay un agregado que aún no hemos podido explorar en su magnitud: Quienes conducimos instituciones con más de una sede, pronto descubrimos que tanto en el campus virtual como en la clase sincrónica, estábamos duplicando los esfuerzos para grupos de alumnos que originalmente estaban nucleados en puntos distantes geográficamente, pero que ahora estaban conectados remotamente, sin importar si entre ellos los separa una cuadra o 1.000 kilómetros. Las divisiones territoriales, naturalmente, se diluyen con la virtualidad. Permanecen las estructuras, pero también hay mucho para pensar en este sentido. Una cátedra, con la potencialidad de la virtualidad, ¿tiene que seguir dando clases separadas en sedes, o comisiones, con temas que se repiten en cada *Zoom* o *Meet*? A priori, lo primero que surge es que en una cátedra algunas clases las puede dar el titular en las temáticas en las que sea especialista, y otras las puede dar otro docente, y otras se pueden seguir dividiendo aunque no ya con criterios de localización geográfica, sino por ejemplo de interés del alumnado o de avance en materia de desarrollo práctico. Es decir: esta modalidad masiva nos ha impuesto repensar el rol docente, la forma en que se estructura un equipo de cátedra y los perfiles que pueden integrar ese cuerpo académico. La idea de una inteligencia colectiva también puede reducirse a un núcleo mínimo de formación, al cual la reorganización obliga a repensar.

Estos puntos (la organización y capacitación docente, el trabajo colaborativo, la asociatividad, etcétera) deben conformar nuevos estándares sobre los que pensamos y gestionamos nuestras Instituciones de Educación Superior (IES) en la región. Hago foco en lo *regional* porque así como la Argentina ha tenido una consolidada acreditación de su sistema, hay otras naciones donde sus fortalezas están en su cercanía con el sector socio-productivo, sus avances en materia de tecnología o sus agilidades para reacomodar estructuras burocráticas. La estandarización de la nueva realidad va a ser tanto más rica si podemos incorporar miradas y particularidades de cada cultura.

Es una idea compleja la de los estándares. Tensiona el concepto de autonomía que para nuestra nación es nodal en el sistema de educación superior. Las universidades argentinas del siglo XX se formaron al calor del movimiento reformista de 1918, donde la autonomía funcionó como eje organizador (Buchbinder, 2012). El ejemplo de estandarización (y, por lo tanto, homogeneización del sistema) más típico es la evaluación y acreditación de carreras e instituciones que el Estado nacional hace a través de Coneau. Cuando el nivel central de una administración pública toma decisiones políticas que afectan o benefician a las universidades en su conjunto, por naturaleza, debe optar por caminos que tienden a uniformizar al conjunto universitario. Generalmente, y justamente por eso, son políticas que se adoptan en consenso con (o en organismos con representación de) los órganos que nuclean a los referentes de los distintos sectores del sistema.

Hasta ahora, el quiebre de ciertos niveles de autonomía es endogámico, porque se han homogeneizado estándares internos de las universidades, como sus pisos en materia de investigación y extensión, sus designaciones docentes mínimas para hablar de estructura, sus sistemas de educación a distancia, etcétera. El sistema de educación superior accede a colocar pisos y enfoques sobre sus políticas académicas y administrativas, a cambio de alcanzar niveles de acreditación de las instituciones avalados por un organismo de prestigio, como lo es Coneau.

Un debate posible para los próximos años es cómo llevar los límites de la autonomía a una tensión con desafíos no endogámicos del sistema, sino estratégicos para su supervivencia. O en otras palabras, como señalamos previamente, cómo fortalecer redes institucionales que doten a nuestras universidades de mayor potencia y alcance, pero que puedan hacer equilibrio con los proyectos políticos de cada una de ellas y con sus matices y particularidades locales. Tenemos que trabajar en inteligencias colectivas organizacionales, que permitan dar pasos acordes a las escalas de estas épocas, pero que no hieran el espíritu con que cada casa de estudios se forjó y creó su comunidad y trayectoria.

Incluso este esquema de alianzas tiene que incluir otros sectores socioproductivos. La estrategia que el mundo está adoptando desde hace al menos dos décadas para innovar en un campo determinado y sobresalir en el futuro, se sustenta sobre alianzas horizontales que reúnan miradas diversas sobre un mismo problema, con experiencias en tecnologías y campos de desarrollo y aplicación múltiples.

Este paradigma es, en el fondo, una invitación que los tiempos modernos nos están haciendo a las universidades a cambiar rotundamente nuestra manera de vernos y proyectarnos en la sociedad. Sobre todo en América Latina. El espejo donde uno debe mirarse, la competencia de una institución es y será cada vez menos la institución vecina que hasta hoy mantenía una oferta académica similar a la mía y con la que disputábamos el interés de nuestros estudiantes de la zona.

En primer lugar, la virtualización masiva de las propuestas formativas generó que nuestros estudiantes tengan un acceso real y palpable a formaciones de cualquier parte del mundo, conectados desde el mismo lugar físico desde donde se conectan para ingresar a nuestro campus. Esta materialidad de un hecho que ya existía nos tiene que conmover: nosotros como universidad podemos dialogar con comunidades nuevas (de docentes y alumnos), así como nuestros alumnos pueden interesarse por trayectos formativos de lo más diversos.

Pero el segundo punto de esto, todavía más importante, es que el Siglo XXI nos ha demostrado que el ingreso de una «competencia» con crecimiento exponencial generalmente viene de otras industrias o sectores ajenos al original, que han explorado tecnologías que indirectamente afectan a nuestro campo de desarrollo y que ponen en jaque lo que tradicionalmente hacemos. Alcanza con los ejemplos de Uber para demostrar que la competencia de un conductor de taxi no es una flota más económica, o de Airbnb en igual condiciones para el sector de la hotelería.

Es decir que las universidades, que somos como explicó Haskins (2013) una de las instituciones más estables de los últimos 1.000 años, no estamos exentas a lo que ha sucedido en otros campos y deberíamos aprovechar la migración digital más grande que la historia conozca para fortalecernos; dado que -de por sí- ya hemos quedado expuestos en esta nueva realidad.

Transformar el aula

Si en el apartado anterior intentamos definir ciertos estándares sobre los cuales podría pararse una gestión de una institución educativa para pensarse en las próximas décadas; en éste intentaremos reflexionar sobre los acuerdos generales que tenemos que consolidar para reconvertir lo que sucede en nuestras aulas.

Hace apenas cuatro años, Mariana Maggio (2018) publicó un libro sobre cómo repensar lo que sucede en una clase universitaria que, además de premonitorio, es de lectura obligada para quienes nos interesa los nuevos desafíos de la pedagogía en el nivel superior. Sabemos que nuestros docentes son mayormente profesionales formados bajo un paradigma educativo que hoy ya no existe y tenemos que trabajar sobre esa realidad para ir moviendo lentamente lo que sucede dentro del aula (aula que, dicho sea de paso, tampoco existe desde que la pandemia diluyó los espacios físicos). La circulación de la información es cada vez más veloz, propia de la llamada sociedad del conocimiento, las formas de aprender y construir saberes se transformaron y, principalmente, los estudiantes llegan a la universidad con una visión del mundo atravesada por las nuevas culturas digitales y sus consiguientes marcos interpretativos de la realidad.

El conocimiento ya no es más un espejo de agua, quieto, al que el docente invita a un alumno a acercarse con cuidado y beber de una breve porción de él. El saber se democratizó (en medio de una gran interferencia por el volumen, vale aclarar), por lo que en el plano ideal deberíamos aspirar a que nuestros estudiantes tengan la habilidad de poner en diálogo el gran cúmulo de información que todos tenemos a nuestro alcance y transformar o canalizar ese esfuerzo en la generación de nuevos conocimientos.

Es decir que tenemos que impulsar procesos de aprendizaje concentrados en el acto de transformar la realidad, ya no de meramente transmitirla. Esto implica, desde ya, una universidad con un proyecto institucional abierta a los problemas de su entorno y comprometida en sus resoluciones potenciales. Pero implica, además y sobre todo, docentes que puedan abordar los problemas reales de su comunidad para ofrecer una instancia práctica educativa real, que ordene ese volumen de información que caracteriza la revolución tecnológica/del conocimiento actual.

Para ello, siguiendo las sabias recomendaciones de Duderstadt (2010), el histórico presidente de la Universidad de Michigan de la última década del siglo pasado, una de las estrategias más interesantes para respetar cómo fue pensada una cátedra por un docente, pero a la vez movilizar lo que sucede en su interior y lograr otra dinámica, es impulsar proyectos de investigación o extensión, con impacto medio o bajo en el entorno, pero con incidencia real sobre el cuerpo de alumnos. Es decir: diferenciar la estrategia de investigación científica (básica o aplicada), de largo plazo, de lo que puede ser una estrategia pedagógica, interna a una cátedra o un conjunto breve de cátedras. En resumen, ir transformando lo que sucede en un aula con redes y proyectos, y con el acuerdo docente.

Como se señaló al comienzo de este apartado, esta estrategia permite superar el paradigma de transmisión de saberes estancos, y avanzar en una formación en capacidades, actitudes, habilidades. Para ello, hay que convencerse que lo colaborativo es más fuerte que la unidireccionalidad del viejo rol docente, retomando la idea nuevamente de inteligencia colectiva o sinérgica.

Esto supone una nueva construcción de autoridad por parte del profesor. El saber que legitimaba prácticas y discursos ahora circula en una inclinación más horizontal que vertical, lo que redimensiona la función del docente en una clase, generando un nuevo estándar en materia pedagógica y, por lo tanto, una nueva necesidad de formación de ese recurso humano sobre este nuevo paradigma.

¿Es así como se prepara un docente para este futuro tan desafiante? Quizás, ese nuevo rol en el aula, acompañado de competencias digitales, y de la predisposición a (y disponibilidad de) distintos software de aprendizaje, sea más o menos cómo se verá el profesor del 2030 o el 2050. Harari (2018) advierte que cada vez más científicos comprueban que los procesos bioquímicos que se dan en el cuerpo al momento de tomar una decisión pueden ser algoritmizables a partir de un reconocimiento de patrones. Es decir transformados en un proceso computacional. Esto cambia rotundamente el alcance de la IA y la robotización, porque ingresan ahora en ese horizonte las actividades que requieren de capacidades «más humanas», entre ellas la docencia. Frente a este diagnóstico, no deja de estar dentro de las posibilidades que la inteligencia artificial sea un complemento de la tarea docente en un no tan largo plazo.

Está claro que tecnología es lo que abundará en un futuro cercano. Pero posiblemente el déficit estará en la capacidad humana de relacionarse con ese entorno, de no frustrarse frente a las transformaciones y de reconvertirse críticamente. Frente a esto, los educadores tendremos que privilegiar nuestra capacidad de generar empatía, de invitar a reflexionar a nuestros estudiantes, de actuar en ese entorno dinámico.

En otras palabras, tenemos que potenciar filósofos que puedan aplicar criterios éticos a los algoritmos; abogados que identifiquen sesgos y eviten que los sistemas los repliquen; etcétera. Es decir, apuntar a un escenario de cooperación entre humanos y la IA, y no a uno de competencia por el puesto laboral. Sin dudas, todo un desafío para los responsables de la formación docente de cualquier nivel educativo.

Referencias Bibliográficas

- Barbieri, A.E.** [et al.] (2020). *La universidad entre la crisis y la oportunidad: reflexiones y acciones del sistema universitario argentino ante la pandemia*. Buenos Aires: Eudeba; Córdoba: Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba.
- Buchbinder, P.** (2012). *Historia de las universidades argentinas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Duderstadt, J.** (2010). *Una universidad para el siglo XXI (Tomo 1)*. Buenos Aires: Universidad de Palermo.
- Harari, Y. N.** (2018). *21 lecciones para el siglo XXI*. Buenos Aires: Editorial Debate
- Haskins, C.** (2013). *El surgimiento de las universidades*. Buenos Aires: Universidad de Palermo.
- Maggio, M.** (2018). *Reinventar la clase en la universidad*. Buenos Aires: Paidós.